Apuntes del exilio (fragmentos)

Carlos Montemayor

A Susana y nuestras estaciones

II

Pongo mis manos en tu cuerpo para saber dónde estoy.
¿En verdad, me escuchas?
Quisiera explicártelo de algún modo.
En las manos que tendía hacia ti
fueron cayendo nevadas y lluvias,
soles del verano, estrellas, llanuras,
noches como una cascada de plata en hondas minas.
Era difícil entender así,
mañana tras mañana, verano tras verano,
que brotaba en tu lecho el silencioso tallo
con el mismo y persistente destino.
Se mecía su flor en el jardín,
en la ribera y en los emparrados,
en ramas de naranjos y nogales,
igualando colores, perfume, tamaño,
luminosidad, momentos del día.
Y la flor liberaba en su perfume tu aliento
que me guiaba durante noches e inviernos
para saber el sitio a donde ibas,
recuperar tu voz cuando cambiaba
o reconocer el fulgor que te envolvía.

Después, mientras estuve a solas, varios años,
cuando los inviernos me apartaron de ti,
era asombroso ver la nieve cubriendo incesante
las siluetas de ríos, árboles, bardas, colinas, calles,
y no extraviar el sitio desde el cual te recordaba.

Aun así, cuando nos reuníamos, la ropa era ligera.
Un suave soplo bastaba para apartar de nosotros
el algodón, el lino, el abrigo de lana, el cobertor,
la camisa, las medias, el hastío, el reloj,
y volvíamos a empezar,
con paciencia y furor, con insaciable desnudez.

Y alguien, en lo más alto de nuestro amor, tocaba a la puerta.
Y había una puerta de sueños y otra de viento y música.
No queríamos abrir ni atender
el llamado ajeno de lo que nunca fuimos.
Las puertas se abrían y el destino entraba ruidoso y festivo.
Nos dejaba intactos el deseo y las tardes,
los otoños e inviernos, lluvias y sequías,
los bosques nevados y también incendiados.
Nos llenaba los ojos con su luz rutilante
y aceptábamos con júbilo la risa, la música y la inmensidad;
también la desnudez y nuestra orilla en el lecho.

Cuando se abrieron las puertas, de pronto,
vi que afuera de nosotros, allá,
muchos caminaban en los senderos
de la desmemoria y la luz;
se cruzaban de uno a otro, corrían,
se detenían a mirar el horizonte.
En medio de ellos, como de un viejo verano a otro nuevo,
de un inicial invierno a otro que termina,
recolectábamos la arena de los senderos
para curar las pequeñas heridas que en nuestra piel
habían producido las almohadas y las sábanas de las confesiones.
Nada parecía más inmortal que tu risa.
Nada escuchaba más profundamente que tu respiración.

IV

Oigo en lo más dulce de nuestro amor
alguien que llama otra vez a la puerta.
No quiero abrir, olvidar lo que he sido.
Siguen tocando y me levanto a mirar por la ventana largo rato;
afuera comienza a llover, empieza de nuevo el invierno.
Siguen tocando y me pides que abra.
Pienso no hacerlo, me demoro, e insistes.
Atravieso lentamente la estancia
y por fin abro la puerta y pregunto:
pero soy yo el que llama,
estoy ante mí, esperando afuera,
expuesto a las lluvias y los años
sabiendo que seguías acostada entre las sábanas.
Porque yo afuera llamé, insistí
en saber si aún estabas,
si había cambiado el mundo,
si era posible que se abriera por fin tu puerta.
Y entré sin permiso en la habitación, agitado,
comprendiendo al fin que bajo la nieve,
mientras pasaban veranos y noches,
no se apartaron mis manos de tu cuerpo, de tu piel,
del latido insomne que el hermoso deseo
va dejando escuchar si atraviesas los sueños
y regresas en busca de mis brazos.
Acerco mis manos a ti, de nuevo,
por tocar el verdadero contorno del mundo,
la tibieza de esta verdad,
la eternidad que nos ciega por la luz de las cosas.

VIII

Nadie a esta hora nos llama
 ni espera bajo la lluvia o el invierno.
 Nadie nos busca.
 La sensación de quietud
 se expande con el resplandor de la ventana.
 Llega la luz como distante música
 que viene llamando a los invitados
 de una extraña y remota fiesta.
 Una danza recorre los senderos
 elevando quizás un polvo de oro
 alrededor de los pies que embriagados
 se bañan en la frescura del alba.
 Tardas en incorporarte
 y sentada, aún pensativa,
 atiendes el rumor que nos rodea.
 No quieres, acaso, salir de ti, abrir la puerta.
 No quieres confundir este momento,
 alterar su quietud de estanque.

Afuera, entre tanto, daña el dolor
 que se despoja de sus tibias prendas,
 de su vano empeño por retener
 los amantes que creyó sólo suyos.
 Arden afuera rencores, memorias,
 noches intransitables:
 el vaho del vacío empaña el cristal de las almas.

X

Ahora surge en nuestro abrazo
 un suave rumor de frazada.
 Es un imperceptible latido de tiempo
 que se aproxima sin buscarnos,
 como alguien desconocido.
 Dime que aún estaremos nosotros cuando eso llegue,
 dime que seguirás siendo tú misma.

Porque te esperé muchas veces,
 horas y crepúsculos, montañas y tormentas,
 veranos y deslaves.
 Llegabas en un instante imborrable
 que era indistinguible de tu cuerpo.
 En tu fulgor se incendiaban las sábanas
 con los árboles, la tierra, el verano.
 Tu cuerpo era mi puerta de marfil al iniciarse el instante
 y la de viento y música, una y otra vez, al sentirte.
 ¿Esto será el pasado o fue el futuro?, pensaba junto a tu fulgor.
 ¿La tersa llama de las cosas desaparecidas
 o la luminosidad de las cosas futuras?
 Ese rumor, esa música distante, esa luz, éramos nosotros.
 Era, pues, lo que no entendía.
 Tan sencilla, tan cercana.
 Sin más misterio que tus ojos.
 Con tu silencio.
 Con el latido de tu propio cuerpo.
 Con la sencillez de la piel.
 Así, donde estamos. Así, ahora.